



LAURA ANDREU NOGUERA
MI
BÁRBARA

CONTRALUZ

LAURA ANDREU
NOGUERA

Mi Bárbara

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Laura Andreu Noguera, 2024

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2024

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-18945-98-4

Depósito legal: M. 2488-2024

Printed in Spain

*A todas las personas que lucharon contra la guerra.
A las pioneras: a Dolors Aleu, Eudoxia Píriz y todas aquellas
que abrieron camino. Y también a las invisibles.
A los espíritus errantes que no tienen más hogar que el camino. Ojalá
algún día encuentren por fin la paz.
A maestras y maestros, del tipo que sean.
A mi familia, a toda ella, por ser parte fundamental
de los cimientos de esta historia, y a Granada, tierra adoptiva en la que
estos se hunden.*

A mi abuelo Jesús

El brau, en l'arena de Sepharad,
 investia l'estesa pell
 i en fa, enlairant-la, bandera.
Contra el vent, aquesta pell
de toro, del brau cobert de sang,
 és ja parrac espesseït per l'or
del sol, per sempre lliurat al martiri
 del temps, oració nostra
 i blasfèmia nostra.
 Alhora víctima, botxí,
 odi, amor, lament i rialla,
sota la closa eternitat del cel.

«La pell de brau (I)», SALVADOR ESPRIU

Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado.
Son lo más necesario: lo que no tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra, son actos.

«La poesía es un arma cargada de futuro», GABRIEL CELAYA

La libertad es aterradora por hacernos dueños de nuestros actos,
 por permitirnos dudar y equivocarnos;
y por eso, aunque todos la tenemos, también
 todos tendemos a olvidarlo.

Mi hermana Julia

Recuerdos

PARTE PRIMERA

Luz

¿Cuándo la vi por primera vez?

No me acuerdo. Pero sé que fue a través de una ventanilla limpiísima, impoluta. La ventanilla del asiento trasero de un flamante coche nuevo. Un Renault de vértices dorados con cabina. Una novedad. Un capricho.

Qué elegante era aquel coche. Los coches de entonces eran más elegantes que los de ahora, ya lo creo. Recuerdo que no había ni una sola huella marcada en el cristal. Nada, ni una mota de polvo. Y que yo llevaba un vestido azul y Flavia uno verde. Y un sombrerito de paja que le envidiaba secretamente.

Y no recuerdo qué día fue. Pero era mayo, mayo de 1917. Lo era, porque a principios de mayo comienzan a caer las glicinas. Mis glicinas. Sí, era mayo. Y hacía calor. Hacía sol. Mucho, porque me cegó al bajar del coche.

Sí, lo recuerdo perfectamente. Qué sol tan radiante, qué luz había.

La memoria es extraña. Envuelve los recuerdos, los recubre de una pátina, una especie de neblina brillante... no sabría explicarlo. Solo sé que cuando evoco aquel día recuerdo mucha luz. Muchísima, un sol entero sobre mi cabeza iluminando con toda su fuerza todo aquello. Y sin embargo, no debía de haber tanta luz. No lo sé. La memoria aplica su propio foco y, cuando una recurre a ella, hace lo que quiere. Alumbrar unas cosas u otras a conveniencia, y ajusta la intensidad también a conveniencia. Ilumina los recuerdos más felices, los llena de claridad y

colores vivos, y enturbia y oscurece los más aciagos. Los moldea, los distorsiona y los convierte en algo que quizá nunca sucedió.

En ocasiones juega a la contra. A veces la realidad descubre el sufrimiento a plena luz, descarnada y despiadada, y se burla del dolor con colores estridentes e insultantes. Y también oculta los momentos hermosos en el centro de una bruma oscura y asfixiante que los hace disolverse como si nunca hubieran existido, perdidos en la inmensidad. Porque la oscuridad es inmensa y la luz no. Ha de abrirse paso en esa infinitud, a tientas y dando tumbos, para encontrar esos recuerdos heridos y rescatarlos. Ponerlos de nuevo a su amparo y quedar fijada a ellos para que no vuelvan al territorio de la sombra.

Y esa luz... la luz se adhiere a la vida y queda atrapada en los lugares más recónditos, más insólitos. En el rectángulo de suelo a los pies de una puerta entreabierta o en el espacio que rodea un candil encendido en la oscuridad, por ejemplo. Incluso en el agua, esa agua blanca sobre piedras grises en que queda grabado el cielo descubierto por los chopos que le dan sombra. Me viene a la memoria aquel cuadro de Sybill, el de las piedras del río. Cuánta luz había conseguido pintar en aquel lienzo.

Aquel día hacía sol, estoy segura. El primer día que la vi solo hacía sol.

La gran casa amarilla se recortaba contra el cielo como una mole imponente. Sólida y hermosa. Irreal a través del pequeño rectángulo de cristal de la ventanilla, y definitivamente distinta.

—¡Qué bonita es, papá! —exclamó Flavia, extasiada.

—Flavia, no incomodes a tu prima. La estás aplastando. Don Pablo casi consiguió sonar severo. Yo lo llamaba don Pablo, porque todavía no era mi tío. No hasta que me acostumbrase.

Flavia, sentada entre su padre y yo, se apretujaba junto a mí y ambas nos manteníamos pegadas al cristal para poder contemplarla bien mientras el coche se acercaba lentamente a la mansión. En el asiento del copiloto, los dos brazos que Esteban llevaba a sus pies hacían lo propio.

Una casa es como un cuerpo humano, creo yo. Como un ser en sí mismo, un organismo palpitante que respira, que piensa. Y aquella estaba llena de música, de pasos que recorrían las habitaciones entrando y saliendo como el aire en los pulmones, y del jaleo de la cocina y el silencio del tío fumando sentado a su escritorio. Dios, cómo detestaba aquel olor. Recuerdo que siempre andaba abriendo todas las ventanas, aun en pleno invierno, para ventilar las habitaciones. Y ahora añoro el humo de aquellos cigarros puros y el silencio tranquilo de los libros. Aunque en la casa también hubo de ese otro silencio. Ese vibrante e inquietante que asfixia poco a poco.

—¡Qué emoción, prima! —Flavia palmeaba excitada.

Yo diría que Consuelo y los demás eran las entrañas de aquella casa. El tío era el órgano rector, el cerebro, y Flavia... Flavia, los pulmones. Sí, los pulmones. Y la tía y su música, el corazón. En su sentido más orgánico. Aquella música era el latido de la casa, el sonido de un corazón bombeando con brío la sangre. La sangre, Dios mío. Tanta sangre...

Federico escribió una vez: «Corales tibios dibujan arroyos en rubio mapa». Y eso es lo que fue. Ríos rojos, ríos de sangre derramada sobre la piel violentada, sobre los campos amarillos y también sobre aquella casa, como tantas otras. Pero aquello fue mucho después, al ponerse el sol de un atardecer que había comenzado no sé cuándo. Mucho antes, en cualquier caso, de que ninguno de nosotros pusiera un pie en la tierra.

Cuando el coche finalmente se detuvo frente a una de las dos enormes verjas de hierro forjado que daban entrada al jardín delantero, Flavia abrió la portezuela y saltó fuera, incapaz de contener la emoción. La niña corrió a situarse en el umbral de la cancela y se quedó allí plantada admirando la casona con los ojos verdeamarillos protegidos del sol por las manos. Ese sol espléndido que, como tantas otras cosas, yo jamás hasta entonces había conocido y que, durante los años siguientes y a pesar de la insistencia de Pepita en que usara sombreritos y me pusiera a la sombra, me tostaría la cara y me la llenaría de pecas.

La casa a la que llegábamos era una casa de ricos, pero yo no era rica. Era rica postiza. De hecho, acababa de empezar a serlo, y solo a medias. Lo era por mi familia y eso marcaba la diferencia. Los que no eran ricos sí pensaban que lo era, pero los que tenían dinero tenían muy claro que yo no era una verdadera rica. ¿Con qué debía quedarme, pues? Joanet, mi amigo del norte, decía que los ricos llevaban las uñas siempre limpias, pero yo no tenía claro que aquello fuera exclusivo de la gente con dinero porque la hermana Madeleine no tenía un franco y siempre las llevaba impecables. No estaba claro, entonces.

La casa, igual que yo, tampoco encajaba con precisión en ningún lugar. No era oscura como las del Pirineo, ni tampoco blanca como los cortijos desperdigados por el sur que habíamos divisado desde el tren hasta llegar a Granada. Era una intrusa entre sus vecinas en aquella calle de bien, amplia y despejada, a las afueras de la ciudad, muy cerca del Genil. Una mansión excéntrica y ecléctica, en el número 5 de la calle Romerías, decorada al gusto de don Pablo y su esposa, que se abría al jardín delantero bajo un porche de fundición pintado de verde oscuro casi negro.

El Indiano la había comprado hecha una ruina unos años atrás tras decidirse finalmente a reasentarse en España. La había reformado y ampliado, la había modernizado y había mandado despejar y embellecer el jardín, que hasta entonces había crecido casi salvaje hasta convertirse en el refugio de los gatos callejeros. Yo trataba de imaginar esa casa que ya no existía, esa ruina abandonada y silenciosa que durante el viaje mi tío nos describió a Flavia y a mí para entretenernos.

Como guinda del pastel, y como muchos otros retornados, mi tío también había ordenado plantar a ambos lados del porche, flanqueándolo como dos guardianes, sendas palmeras altísimas e imponentes que nos daban la bienvenida con las palmas mecidas por la brisa. Aquellos gigantes recordaban a quien pasase frente a la casa la epopeya americana que su dueño había vivido. Esa era la morada de un indiano.

Don Pablo esperó a que el chófer abriese su portezuela y con parsimonia y elegancia salió del automóvil mientras su secretario se apeaba

con los dos perros, que corrieron a pegarse a los tobillos de Flavia. Los bracos la seguirían adonde quiera que fuese. Yo bajé en último lugar y me quedé de pie junto al coche, cohibida por todo aquello. Nerviosa y repentinamente preocupada por mi aspecto, me alisé el vaporoso vestido nuevo y me estiré las calcetas de puntillas finísimas, también nuevas. Don Pablo se acercó a mí y me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—*Tout va bien?* —preguntó en su torpe francés—. ¿Estás lista para conocer tu nueva casa?

Yo asentí en silencio y estiré los labios en un intento de sonrisa. Entonces me cogió de la mano y fuimos a alcanzar a Flavia, que nos hacía señas con insistencia para que nos acercásemos. En ese momento, el coche de caballos que seguía al nuestro se detuvo junto a la acera y de él salieron Pepita y los amigos de mi tío, que nos siguieron hacia el porche, donde un pequeño grupo nos esperaba.

Aquello era un espectáculo fragante y luminoso: los imponentes copones que coronaban los pilares a ambos lados de cada puerta y de los que colgaban nubes de pequeñas florecillas rosas de aspecto cerúleo; los setos bajos y olorosos que delimitaban el camino de tierra batida que conducía a la entrada principal; los enormes magnolios en cada esquina del jardín; los acantos, los geranios y los rosales cubiertos de flores multicolores. El aire olía a verde y a primavera recién estrenada. Y Flavia, acuclillada sobre sus rodillas plagadas de costras y cicatrices, se empeñaba en atrapar con las manos los pecelillos de colores de un minúsculo estanque. Los bracos merodeaban nerviosos a su alrededor y Pepita parecía a punto de tirarse de los pelos al ver cómo mi prima empapaba las mangas de su vestido.

Vi también, en uno de los flancos de la casa, el izquierdo, otras edificaciones a medio levantar. La portería, supuse.

—¡Indiano! —exclamó una voz de trueno que me sobresaltó y me hizo centrar mi atención en la gente de la entrada.

El dueño de la voz, un hombre con gafas, alto y algo grueso, de cabello entrecano, se aproximó a nosotros sonriendo y con los brazos extendidos. Don Pablo se adelantó y se abrazaron efusivamente entre ri-

sas. Sus compatriotas le llamaban Indiano por su aventura americana, tan parecida a la de tantos otros emigrantes.

—¡Ya pensábamos que no llegaríais! ¡Bienvenidos a vuestra casa!

Don Pablo se giró hacia nosotros.

—Ramón, ya conoces a mi hija Flavia.

Ella había abandonado la pesca y rápidamente se secó las manos en el vestido antes de ofrecerle una de ellas al hombre.

—Buenas tardes, don Ramón.

Este soltó una carcajada y le estrechó la mano. Entonces Pablo me señaló a mí, que esperaba con aprensión mi turno, y me animó a acercarme.

—Y esta niña tan seria es mi sobrina Bárbara. —Ramón me miró confundido—. Es la hija de Diego. —El tono de don Pablo había cambiado ostensiblemente.

Busqué su rostro, confusa por el cambio. Su sonrisa había desaparecido y en su lugar había una expresión grave. Miraba a su interlocutor directamente a los ojos y con cautela, esperando su reacción, transmitiéndole un mensaje que no supe interpretar. Sin embargo, don Ramón pareció captarlo al instante.

—Tienes mucho que contarme. —Yo miré a uno y a otro cada vez más confusa.

Tratando todavía de superar su estupefacción, Ramón se ajustó las gafas doradas sobre el puente de la nariz y se arrodilló frente a mí. Me observó con atención buscando algo en mi rostro, curioso. Tenía los ojos verdes, despejados.

—Estos ojos negros no los conozco, pero sí que tiene la cara de Diego. Me parece que lo estoy viendo. —Sonreí tímidamente ante lo que tomé como un halago. Él me devolvió la sonrisa y añadió—: Pero esa expresión tan seria que traes es más tuya que de él. —Yo sentí que enrojecía y Pablo reprimió la risa, mirándome con cariño—. Y, desde luego, ¡el color de la melena es el de los Navarro!

Ese dato era nuevo. Miré mis largas trenzas de color castaño muy oscuro. Yo siempre había atribuido ese color a mi madre y a su origen,

al igual que los ojos, y al conocer a don Pablo, cuyos cabellos ya estaban salpicados de canas, no se me ocurrió establecer ninguna relación.

—Lanz, acercaos, hombre. —Don Pablo hacía señas a la pareja que nos acompañaba—. Ramón, te presento a Hermenegildo y a su prometida Sofía. —Ambos estrecharon con una sonrisa la mano que don Ramón les ofrecía—. Nos conocimos en Madrid el año pasado. Se quedarán en la casa unos días hasta que encuentren acomodo. Hermenegildo pinta, ha ganado la plaza de profesor de pintura en la Normal.

—¿Los cuadros de ahí dentro son suyos? —Ramón señaló la casa con la cabeza.

—Sí, algunos —intervino Pablo—. Estoy seguro de que a los de la plaza del Campillo les va a resultar una compañía muy grata; preséntaselo al grupo.

Deseé saber qué pasaba en esa plaza y por qué un pintor iba a agradecer a quien quiera que hubiese en ella.

—Seguro. Lo cierto es que yo no frecuento mucho el Alameda, pero algunos de mis alumnos y exalumnos son tertulianos allí.

—Ramón es catedrático de Cirugía en la universidad —aclaró Pablo.

—Puedo hacerle de cicerone si quiere, señor Lanz.

—Me encantaría. —Lanz estaba visiblemente emocionado con la idea.

—Pablo no tiene ni idea de arte, pero me fío del criterio de su mujer. —Los tres rieron—. Y los cuadros de ahí dentro son magníficos. Ya verá usted como le gusta la tertulia. —¡Una tertulia! ¿Qué era una tertulia? No sabía qué era aquello, pero, por la forma en que don Ramón la describía, parecía una reunión de artistas—. La mayoría rondan su edad, y entre ellos encontrará a músicos, poetas, pintores, periodistas, escritores y todo tipo de artistas. Si le gusta a usted ese ambiente, le aseguro que ese es su rincón. —Se rio con una broma que solo entendió él.

La gente que todavía aguardaba de pie tras Ramón cambiaba el peso de un pie a otro alternativamente, esperando con estoicismo. De

entre ellos, una mujer menuda y de rostro dulce, con ojillos finos y rientes, se adelantó hasta situarse junto a Ramón. Su vestido, como el traje de este, denotaba un estatus mayor al del resto.

—A Pilar no hace falta que te la presente.

La aludida se acercó a Pablo y le dio dos besos sin dejar de sonreír.

—¿Cómo estás, Pablo? ¿Se os ha hecho muy largo el viaje?

—Muy bien, Pilar, gracias. No, no más de lo que esperaba.

—Y la argentina, ¿dónde te la has dejado? —Su acento me sorprendió. Parecía que lanzaba las palabras al viento, dejándolas volar antes de acabarlas. Doña Pilar me agradó al instante. Pablo aceptó de buen grado la broma.

—Julia vendrá más adelante. Se tuvo que quedar en Buenos Aires para ultimar algunos detalles de la compraventa de los terrenos con su hermano. La tendrás aquí pronto para ponerlos al día. —Doña Pilar rio, complacida—. Pero me ha prohibido expresamente que nos llevéis a la Alhambra hasta que ella llegue.

Flavia, que escuchaba en silencio junto a mí, me susurró al oído:

—Eso es un castillo que vamos a ver cuando llegue mi madre. Me dijo que allí antes vivían sultanes y princesas, pero mi padre dice que ya no quedan.

—Esperaremos, entonces. A tu mujer le va a encantar. Por ahora, déjame que te presente a esta gente —propuso doña Pilar.

Uno a uno, el catedrático y su esposa fueron presentándolos y ellos se adelantaron para estrechar su mano al patrón y a los demás recién llegados: Consuelo, la cocinera, una mujer cincuentona de sonrisa afable, oronda y de tez muy oscura, de cuya cofia escapaban pequeñas hebras de cabello negro como el carbón; Carmen y Amparo, las criadas, la primera por debajo de la veintena y la segunda una década mayor, que nos sonrieron con timidez haciendo una pequeña reverencia...

Yo centré mi atención en un niño y una niña que esperaban al final de la cola. El primero tendría unos ocho o nueve años, cabello castaño ensortijado y la cara llena de pecas. Permanecía de pie delante de un muchacho de unos veinte, de rasgos similares, que supuse que sería su

hermano mayor, pues era demasiado joven para ser su padre. Don Ramón se lo presentó a mi tío como Damián, uno de los obreros de la fábrica y encargado de la cuadra durante el cierre. El pequeño resultó ser en efecto su hermano Gonzalo, que también ayudaría en la casa.

—Cuando empiece la zafra, Damián se irá para Bobadilla y el chiquillo se encargará de la cuadra mientras dure la campaña —aclaró Ramón.

El niño nos observaba a Flavia y a mí con la misma curiosidad que yo a él y a la otra niña, que también nos miraba con timidez. Ella, que no pasaría de los cinco o seis años, tenía los cabellos rubios —casi tanto como los tirabuzones inquietos de Flavia— recogidos en sendas trenzas similares a las mías. El hombre que apoyaba las manos en sus hombros, presumiblemente su padre, alto como una montaña y fornido, y con cabellos también claros, parecía consternado o incluso enfadado. No obstante, cuando Pablo y el resto se acercaron a él su expresión se tornó amable y servicial, sin rastro de los pensamientos que antes parecían atribularlo.

—Y a Vicente, el guardés, ya lo conoces.

—Por supuesto —Pablo estrechó su mano sonriendo justo antes de acuclillarse frente a la niña, que bajó la vista avergonzada—. Y esta niña tan pequeña supongo que será su hija.

—Sí, señor. Su nombre es Rosita.

—Vicente, ¿dónde está el muchacho? —Ramón miraba alternativamente a su alrededor y al hombre con ojos interrogantes.

Vicente frunció el ceño y su expresión se turbó de nuevo.

—Eso me gustaría saber a mí, don Ramón. Cuando aparezca, le corto las orejas. ¡Mira que desaparecer precisamente cuando llegan el patrón y su familia! Discúlpeme, don Pablo.

Don Pablo trató de apaciguar su enfado.

—No hay nada que disculpar, Vicente. No sea usted tan severo con su hijo. Seguro que hay algún motivo. Los jóvenes actúan de manera coherente, solo que conforme a una lógica distinta a la de sus mayores. —Y rio.

Vicente aceptó las palabras de su patrón, pero la consternación no se borró de su rostro. Enmudeció de nuevo y bajó la vista avergonzado. Sentí una punzada de compasión. Al levantar la vista, su mirada y la mía se cruzaron. Respondió a mis pensamientos con una sonrisa amable que suavizó por un instante su gesto torcido. La situación se alargaba ya demasiado tiempo y Pablo y Ramón pidieron a los empleados que volviesen a sus tareas. Faltaba ya poco para la hora de la cena.

Mientras la multitud se dispersaba, Pablo volvió a acuclillarse frente a Rosita y le dijo casi en un susurro:

—Rosita, ¿por qué no le enseñáis Gonzalo y tú la casa a mis hijas? Es la primera vez que vienen y no han visto nada de nada. Ni siquiera los caballos.

Rosita abrió mucho los ojos. Don Pablo conocía el color del alma de la niña.

El tío siempre fue dos pasos por delante de los demás. En todo momento sabía cuanto ocurría a su alrededor y su memoria era un interminable fichero donde almacenaba hasta los datos y las anécdotas más inocuos de las personas. La información es poder, diría mil veces. Y era cierto. Esos conocimientos, que desenterraba de forma calculada en el momento preciso, le habían valido amistades estratégicas y habían hecho de él un hombre de negocios profundamente astuto y hábil, que comprendía, más allá de números y valores monetarios, la importancia de leer y comprender el alma humana para abrirse paso en el mercado.

Pablo había averiguado —solo él sabía cuándo y de qué forma— que a la hija pequeña del guardés, una niña que acababa de conocer delante de mis propias narices, le encantaba pasar horas en la cuadra cuidando y hablándole a «sus caballitos». Una minucia, una tontería sin importancia, un dato que cualquier otra persona desearía tan solo unos segundos después de escucharlo de los labios de un informante accidental. Y, sin embargo, él recolectaba y retenía esos detalles nimios con una claridad y una precisión que jamás he podido comprender.

Y si tan hábil era a la hora de recabar y recordar información, tanto más lo era ocultando lo que sabía. En muchas ocasiones dudé de hasta

qué punto desconocía las cosas sobre las que él mismo se declaraba ignorante, y si lo que sucedía a su alrededor realmente ocurrían de forma espontánea o si, por el contrario, él andaba detrás. Don Pablo callaba, se refugiaba tras el humo de sus cigarros puros y dejaba a quienes lo rodeaban que especularan y decidieran cuán inteligente era el Indiano.

Rosita, muda, asintió con vehemencia.

—Gracias, Rosita.

Él fue a reunirse con Ramón y los demás, y Rosita se acercó a mí y cogió mi mano entre las suyas, minúsculas. Por primera vez, abrió la boca y dijo:

—Venga, señorita.

Yo me dejé guiar y ambas echamos a correr hacia la entrada principal de la casona. Flavia y Gonzalo ya habían desaparecido por ella con los dos brazos. Al llegar allí, los escalones del pequeño zaguán nos arrojaron al interior y casi nos dimos de bruces con una hermosa escalinata de mármol blanco que arrancaba unos metros más adelante para bifurcarse en dos gemelas que ascendían a ambos lados hasta desembocar en el piso superior, en un espacio amplio y luminoso debido al color claro de las paredes y al enorme lucernario. De su centro colgaba una pesada lámpara de araña cubierta de una miríada de pequeños cristales que le daban el aspecto de una joya. Flavia y Gonzalo se habían detenido en el descansillo para admirarla, y Rosita y yo nos paramos junto ellos. Levanté la cabeza y estiré el cuello hasta casi caer de espaldas para poder verla bien.

Dejando atrás la timidez inicial, los cuatro continuamos la marcha y fuimos pasando de una habitación a otra a la carrera, en un torbellino de risas y de excitación, jugando a pillarnos unos a otros y lanzando exclamaciones de asombro cada vez que un nuevo tesoro o rincón nos sorprendía a Flavia y a mí. Recorrimos primero las habitaciones del primer piso, modernas y elegantes, decoradas sin excesos que hicieran los ambientes agobiantes. La luz reinaba en todas partes, esa luz que lo inundaba todo y que se reflejaba en las paredes de tonos claros. Don Pablo había decidido trasladar el sol del sur que reinaba en el exterior al interior de la casa, y en aquella marea blanca el color lo ponían

los azulejos multicolores e irisados de los zócalos que llegaban hasta más arriba de mi cabeza. La luz y los azulejos eran el tributo andaluz que Pablo había hecho a aquella casa forastera.

En las cortinas, telas livianas se hinchaban y ondulaban con la brisa de la tarde como velas de barcos que intentaran colarse por las ventanas abiertas de par en par. Los muebles, de aspecto ligero y grácil, estaban hechos en maderas claras que contrastaban con el tono oscuro de los marcos de esas ventanas que Pablo había mantenido y restaurado, ya que casaban bien con el tono de la fachada de la casa.

Gonzalo y Rosita nos arrastraron a las escaleras del servicio que conducían a la buhardilla, donde se encontraban las habitaciones de los criados. De pronto, toda esa luz que reinaba solo unos metros más abajo desapareció y nos adentramos en unas estancias mucho más austeras, sin altos techos ni lámparas doradas, sumidas en una penumbra que la luz que entraba por los pequeños ventanucos que daban al jardín y a la linterna solo contrarrestaban a medias. Los modernos cuartos de baño del piso de abajo eran aquí una pequeña bacinilla bajo cada cama y un escueto palanganero junto a esta. Flavia, la más alta de los cuatro, casi podía tocar las vigas del techo al saltar estirando los dedos. Me asomé a uno de los ventanucos del lucernario y volví a ver la luz, allá en la planta de abajo.

Sin detenernos mucho en esos habitáculos oscuros y deprimentes, bajamos de nuevo hasta la planta baja, donde recorrimos en un suspiro la salita, el salón y el largo comedor, que se abría al jardín por un ventanal que casi siempre estaría cerrado y que tenía, en la pared del fondo, un pequeño montaplatos que conectaba con la cocina, en el semi-sótano. Flavia metió a los brazos en él y cerró la portezuela.

—¡Vaya perros señoritingos, que van a bajar en ascensor! —exclamó desternillándose.

Ajenos a las criadas que entraban y salían de las habitaciones cargadas con sábanas o toallas y armadas con su plumero, entramos abruptamente en la biblioteca, donde don Pablo y los demás adultos conversaban. Todos levantaron la cabeza sobresaltados pero volvieron pronto

a su charla al ver que éramos nosotros, que, ajenos a la actividad de los mayores, continuamos la carrera riendo por lo bajini a través de una puerta al fondo de la estancia.

Yo, sin embargo, abandoné la expedición y recorrí despacio la habitación. No tenía nada que ver con el resto de la casa. Las paredes estaban completamente cubiertas del suelo al techo con estanterías ocupadas por centenares, miles de libros de todos los tamaños. Los lomos, en su mayoría oscuros, se tragaban gran parte de la luz que se colaba por los tres amplios ventanales de la pared enfrentada a la puerta por la que habíamos entrado. La habitación era una gruta con paredes de madera y papel. Los únicos espacios libres de estanterías, además de los huecos dejados a las dos puertas y a los ventanales, eran los que correspondían al frontal de la chimenea, que permanecía desnudo, y los dos que separaban las ventanas entre sí. En cada uno de estos últimos había colgado un cuadro. Me pregunté si serían los del señor Lanz.

Mi estupefacción debía de ser evidente, porque don Pablo, que se había desgajado de la conversación, me observaba intrigado desde el parapeto de un imponente escritorio de caoba mientras yo recorría el largo de las estanterías con la boca entreabierta y los ojos desorbitados, rozando el lomo de los libros con la punta de los dedos. Jamás había visto tantos juntos.

—Podrás coger los que quieras —me aseguró en un susurro que los demás no llegaron a percibir.

—Gracias, don Pablo —dije con la voz cascada.

—No me llames más así, por favor. Soy tu tío, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, tío.

—Eso está mejor —repuso complacido—. Y ahora, corre a jugar con los demás.

Yo me dirigí obedientemente hacia la puertecita que los otros habían cruzado hacía unos minutos, y al atravesarla me topé de nuevo con la escalera del servicio, esta vez en su tramo inferior. Decidí bajar.

La angosta escalera aterrizaba directamente en una cocina amplia y abarrotada de secos, embutidos, cacharrería de cobre y latón y grandes

fuentes de cerámica pintadas con intrincados patrones en verde, azul y blanco que pendían de las paredes por encima de los altos zócalos. El aroma del potaje en los fogones inundaba el ambiente. Los platos a medio preparar para la cena ocupaban casi cualquier superficie disponible y las provisiones sacadas de la despensa, aneja a la cocina, se desparrramaban por doquier. Consuelo iba de aquí para allá repartiendo órdenes y quejas a quien pasase. Semejantes gritos, unidos al estruendo de las tapaderas entrechocándose con sus correspondientes sartenes y cazuelas y al cacareo de una gallina escuálida que desde su jaula en una esquina lloraba la que sería su más que probable muerte en los siguientes días, conformaban una algarabía ensordecedora.

Yo me escabullí rápidamente por una pequeña puerta que daba al exterior. Al salir me topé de frente con una higuera situada a pocos metros, en el lateral derecho. Rodeé la casa en dirección a la parte trasera y al llegar allí me detuve en seco: un techo infinito de glicinas cubría por completo el jardín de uno a otro extremo. En esos momentos Vicente, subido a un pequeño taburete, aprovechaba las últimas luces del día para ordenar y podar ramas rebeldes que se habían desprendido del soporte de la planta y ahora caían flácidas hacia el suelo como lianas, mecidas por la brisa que también mecía los centenares de racimos de flores de color lila muy claro, semejantes a racimos de uvas ligeras y volátiles que se desprendían con facilidad. Debajo de la pérgola llovían flores.

Durante unos minutos deambulé bajo esa manta que lo cubría todo mientras Vicente iba de aquí para allá trabajando. Percibí que cojeaba ligeramente. En los resquicios de cielo que la glicina dejaba, cipreses, limoneros, naranjos y algarrobos se congregaban en torno a una pequeña fuente con surtidor que ocupaba el centro del patio de arena batida, y al fondo, pegado a la casa y cobijado bajo un granado centenario, se escondía un pequeño y solitario banco de hierro forjado pintado de blanco, al igual que el resto de los muebles del exterior.

Flavia y los demás continuaban sin aparecer. Al fondo del jardín y adosados al muro trasero había, a ambos lados de un amplio portón,

dos pequeñas construcciones. El cobertizo de la izquierda jugaba el papel de garaje, ya que el chófer había aparcado el coche en él, y el de la derecha solo podía ser la cuadra.

En el interior, los niños y los bracos se congregaban en torno a un escuálido y quejumbroso tordo que parecía haber trabajado durante cien años sin parar. Al pasar la mano sobre su costado se percibían perfectamente las costillas bajo la piel curtida por el tiempo y el trabajo. Pasito —el nombre se lo había puesto Rosita por su paso lento y vacilante— era el caballo más viejo de todos. Junto a él había un hermoso alazán de crines rubias llamado Bailón, otro tordo más joven e inquieto, Hermosillo, y uno completamente negro de nombre Pinto.

Pero Rosita solo tenía ojos para aquel triste elemento baqueteado por el cansancio. Como supe después, pasaba horas cuidando a su caballito enfermo y viejo, que ya había sido jubilado de las tareas del campo y que Pablo había comprado junto con el resto de caballos de la finca por compasión hacia el caballo y sobre todo hacia la niña. Iba todos los días a cepillarlo y a darle de comer, y mientras tanto le cantaba y le hablaba de sus cosas. Al parecer la amistad era mutua, porque el caballo levantaba la cabeza y resoplaba cuando aquel ser minúsculo de cabeza rubia aparecía por la puerta.

Salí de nuevo al exterior y me acerqué al portón abierto de par en par. Desde allí se extendía, hasta donde alcanzaba la vista, el campo. Hacia el oeste, la exuberante Vega, verdísima entonces por las lluvias de primavera y fragmentada en fincas y terrenos de extensiones muy dispares. En algún lugar de esa inmensidad empezaban y terminaban las tierras compradas por Pablo. Y, rodeado de aquel verdor infinito, se alzaba un edificio de contornos difusos que aún trataba de imaginar, y que era el que nos había llevado a todos a aquel lugar: la azucarera.

No oí los pasos que se acercaban y, cuando la mano de mi tío se posó suavemente sobre uno de mis hombros, di un respingo. Sin mediar palabra, ambos nos quedamos contemplando el paisaje hasta que el sol se fue por completo y el fuego del atardecer dio paso al final del primer día de mi nueva vida.